

en 1816, de las bromas que efectúan en las provincias los muchachos y los jovencuelos. Pero en 1817, la orden de la ociosidad tuvo un gran maestro y se distinguió por fechorías que, en 1823, esparcieron una especie de terror en Issoudun, ó por lo menos mantuvieron en continuos sustos á sus habitantes.

Dicho jefe fué un tal Max Gilet, á quien sus antecedentes, no menos que su fuerza y su juventud, destinaban á ese papel. Pasaba Max, en Issoudun, por ser hijo natural de aquel subdelegado, un tal S^r Lousteau, cuya galantería dejó muchos recuerdos, hermano de la señora de Hochón, y que, ya lo hemos visto, se atrajo el odio del doctor Rouget cuando nació Ágata.

Pero la amistad que unía á aquellos dos hombres antes de enemistarse, era tan estrecha, que, según dicho del país y de la época, pasaban con gusto por el mismo camino. Así es que, según decían, lo mismo podía ser Max hijo del doctor que del subdelegado; pero ni á uno ni á otro pertenecía, pues su padre fué un apuesto oficial de dragones de la guarnición de Bourges; no obstante, á consecuencia de su enemistad, muy felizmente para el niño, disputáronse constantemente dicha paternidad el médico y el subdelegado. La madre de Max, mujer de un pobre constructor de zuecos del arrabal de Roma, era, para perdición de su alma de una belleza sorprendente, una belleza de transverina, única fortuna que legó á su hijo. La señora de Gilet, preñada de Max en 1788, deseó por largo tiempo aquella bendición del cielo, que tuvieron la maldad de atribuir á la galantería de los dos amigos, sin duda para excitarlos uno contra otro. Gilet, borrachín empedernido, favorecía los desórdenes de su mujer con una complacencia que tiene ejemplos en la clase inferior. Con objeto de proporcionar protectores á su hijo, guardóse bien la

Gilet de ilustrar á los pretendidos padres. En París hubiera sido millonaria; en Issoudun, vivió, tan pronto en la abundancia, tan pronto en la escasez, y, al cabo y al fin, despreciada. La señora de Hochón, hermana del señor Lousteau, dió unos treinta francos anuales para que fuera Max á la escuela. Esta liberalidad, que estaba lejos de poder permitirse la buena señora, á consecuencia de la avaricia de su marido, fué naturalmente atribuida á su hermano, que entonces vivía en Sancerre. Cuando el doctor Rouget, que no era muy feliz en cuanto á varones, notó la belleza de Max, pagó hasta en 1805 los gastos de colegio de aquel á quien él llamaba *ese pillastre*. Como murió en 1800 el subdelegado, y que al pagar durante cinco años la pensión de Max parecía el doctor obedecer á un sentimiento de amor propio, quedó siempre indecisa la cuestión de paternidad. Max Gilet, texto de mil agudezas, no tardó en quedar olvidado. He aquí cómo.

En 1806, un año después de la muerte del doctor Rouget, aquel chico, que parecía haber sido creado para una vida azarosa, dotado además de una fuerza y de una agilidad notables, se permitía cantidad de fechorías más ó menos difíciles de cometer. Ya se entendía con el nieto del señor Hochón para darles sustos á los tenderos de la ciudad y cosechaba las frutas antes que los propietarios, no titubeando en escalar las murallas. No tenía aquel diablo su igual para los ejercicios violentos: corría tanto como una liebre. Dotado de envidiable golpe de vista, gustábase la caza con pasión. En vez de estudiar, se pasaba el día tirando al blanco. Empleaba el dinero sustraído al viejo doctor en comprar pólvora y balas para una mala pistola que le había dado el tío Gilet. Es pues de saber que en otoño de 1806, Max, que entonces tenía diecisiete años, cometió un homicidio invo-

luntario asustando, al anochecer, á una mujer joven, embarazada, á la que sorprendió en su jardín, adonde iba él á robar fruta. Amenazado de la guillotina por su padre, que sin duda quería privarse de su vista, se fué Max de un tirón hasta Bourges, vió un regimiento que se disponía á marcharse á España, y en él sentó plaza. No tuvo más consecuencias el asunto de la mujer muerta.

Un mozo del temple de Max tenía por fuerza que distinguirse, y de tal manera se distinguió, que al cabo de tres campañas ya era capitán, sirviéndole poderosamente la escasísima ilustración que había recibido. En 1809, en Portugal, fué dejado por muerto en una batería inglesa en la que había penetrado su compañía sin poder mantenerse en ella. Max, cogido por los ingleses, fué enviado á los pontones españoles de Cabrera, los peores de todos. Pidieron para él la cruz de la Legión de honor y el grado de jefe de batallón; pero estaba entonces en Austria el emperador y reservaba sus favores á las proezas que se efectuaban bajo sus ojos; no le gustaban los que se dejaban copar, y además quedó descontento de la campaña de Portugal. Siguió Max en los pontones de 1810 á 1814. Durante esos cuatro años se desmoralizó por completo, pues los pontones eran como un presidio, menos el crimen y la infamia. Por de pronto, para conservar su libre arbitrio y sustraerse á la corrupción que envenenaba aquellas innobles prisiones indignas de un pueblo civilizado, mató en duelo — pues se batían en duelo en un espacio de seis pies cuadrados — á siete matones, limpiando así el pontón de aquella canalla, con gran contento de los demás. Reinó Max en su pontón, merced á la habilidad pasmosa que adquirió en el manejo de las armas, á su fuerza corporal y á su destreza. Pero á su vez cometió arbitrariedades, tuvo aduladores que trabajaron

por él, haciéndose cortesanos suyos. En aquella escuela del dolor, en la que los caracteres agriados sólo con venganza soñaban, en que los sofismas nacidos en cerebros calenturientos legitimaban los pensamientos perversos, Max se depravó por completo. Escuchó los pareceres de los que soñaban con hacer dinero por cualquier medio, sin retroceder ante los resultados de un acto criminal, con tal que se efectuara sin pruebas. En una palabra, cuando se firmó la paz, salió pervertido, aunque inocente, capaz de ser un gran político en una elevada esfera, y un miserable en la vida privada, según las circunstancias de su destino. De regreso á Issoudun, supo el deplorable fin de su padre y de su madre. Como todos aquellos que se entregan á sus pasiones y que, según el proverbio tienen una existencia corta, pero alegre, los Gilet habían fallecido en la última miseria, en el hospital. Casi en seguida, la noticia del desembarque de Napoleón en Cannes se esparció por toda Francia. Entonces se apresuró Max á ir á París para reclamar su grado de jefe de batallón y su cruz. El mariscal que entonces tenía la cartera de la Guerra se acordó de las proezas de Gilet en Portugal, y lo colocó de capitán en la Guardia, lo cual representaba el grado de jefe de batallón; pero no pudo conseguirle la cruz.

« Ha dicho el emperador que bien sabrá usted ganarla en la primera refriega. »

En efecto, el emperador apuntó al valiente capitán para ser condecorado en la tarde del combate de Fleurus, en donde sobresalió Gilet. Después de la batalla de Waterloo, Max se retiró sobre el Loira. Cuando fueron licenciadas las tropas, el mariscal duque de Feltré no reconoció á Gilet ni su grado ni su cruz. El soldado de Napoleón regresó á Issoudun en un estado de exasperación fácil de concebir: no quería servir

sino con la cruz y el grado de jefe de batallón. Parecieronles á los oficinistas de la Guerra exorbitantes aquellas condiciones en un joven de veinticinco años, sin nombre retumbante, y que podía, por ese camino, ser coronel á los treinta años. Max hizo dimisión. El comandante, pues entre ellos se reconocieron los bonapartistas los grados adquiridos en 1815, perdió así el escaso sueldo, llamado media paga que se dió á los oficiales del Loira.

Al ver á aquel hermoso joven, cuya única fortuna consistía en veinte napoleones, sintieron en Issoudun simpatías por él, y el alcalde le dió un empleo de seiscientos francos en el Municipio. Max, que desempeñó aquel cargo por espacio de seis meses, lo abandonó voluntariamente, sustituyéndole un tal Carpentier, que, como él, había permanecido fiel al emperador. Ya gran maestro de la orden de la ociosidad, Gilet se había entregado á un género de vida que le hizo perder la consideración de las primeras familias de la ciudad, pero sin que se lo manifestaran á las claras, pues era violento y temido de todos, hasta de los oficiales del antiguo ejército, los cuales también habían rehusado servir á los Borbones y que, como él, se habían fijado en aquella región.

El poco cariño de los nacidos en Issoudun hacia los Borbones nada tiene de sorprendente, por el cuadro que precede. Por eso, con relación á su escasa importancia, hubo en dicha pequeña ciudad más bonapartistas que en el resto del territorio. Sabido es que casi todos los bonapartistas se hicieron liberales. Había en Issoudun ó en sus cercanías unos doce oficiales en el mismo caso que Max, los cuales lo tomaron por jefe, tanto les gustó, excepto sin embargo aquel Carpentier, su sucesor, y un tal señor Mignonnet, ex-capitán de

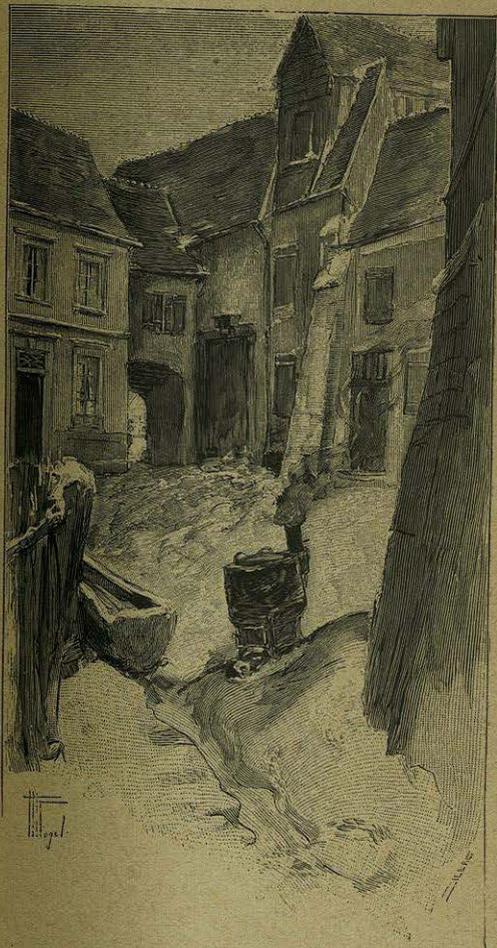
artillería en la guardia. Carpentier, oficial de caballería advenedizo, se casó en seguida y consiguió ascender hasta una de las principales familias de la ciudad, los Borniche-Héreau. Mignonnet, antiguo alumno de la Escuela Politécnica, había servido en un cuerpo que se atribuye cierta superioridad sobre todos los demás. Hubo, en los ejércitos imperiales, dos opiniones entre los militares. La mayoría tuvo para el burgués, para el *paisano*, un desprecio igual al de los nobles para con los villanos, al de los conquistadores respecto de los conquistados. No siempre observaban dichos militares las leyes del honor en sus relaciones con los paisanos; no eran censurados los que maltrataban ó mataban á los burgueses. Los demás, especialmente la artillería, quizá por su republicanismo, no adoptaron tal doctrina, la cual tendía á hacer dos Francias: una Francia militar y otra civil. De modo que si el comandante Potel y el capitán Renard, dos oficiales del Arrabal de Roma, cuyas opiniones acerca de los paisanos no variaron, fueron los amigos decididos de Max Gilet, el comandante Mignonnet y el capitán Carpentier se pusieron del lado de la burguesía, pareciéndoles la conducta de Max indigna de un hombre de honor. El comandante Mignonnet, hombrecillo seco, lleno de dignidad, se ocupó de los problemas que ofrecía la máquina de vapor, y vivió modestamente visitando asiduamente al matrimonio Carpentier; sus costumbres afables y sus ocupaciones científicas le merecieron la consideración de toda la ciudad. Así es que se decía que los señores Mignonnet y Carpentier eran *gente muy distinta* de Potel, Renard, Max y otros asiduos del café militar, que conservaban las costumbres soldadescas y las ideas erróneas del Imperio.

Cuando llegó á Issoudun la señora de Bridau, Max estaba, pues, excluido del mundo burgués.

El joven se hacía justicia á sí mismo, no presentándose en la Sociedad llamada el Circulo, y nunca se quejaba de la triste reprobación de que era objeto, á pesar de ser el joven más elegante y el mejor vestido de todo Issoudun, y el que más gasto hacía, llegando hasta tener caballo, cosa tan extraña en Issoudun como el de lord Byron en Venecia. Vamos á ver cómo, pobre y sin recursos, pudo Max hacer el elegante en aquella pequeña ciudad; pues los medios vergonzosos que le valieron el desprecio de las gentes timoratas ó religiosas se relacionan con los intereses que decidieron la llegada de Ágata y de José á Issoudun. Por la audacia de su porte y por la expresión de su fisonomía, parecía Max hacer poco caso de la opinión pública; contaba sin duda con tomar algún día su desquite, y reinar sobre aquellos mismos que le despreciaban. Además, si menospreciaba á Max la burguesía, la admiración que entre el pueblo excitaba su carácter formaba contrapeso á dicha opinión; su valor, su apostura, su decisión, habían de gustarle á la masa, que nunca llegó á conocer su depravación, como tampoco la conocían por entero los burgueses. Desempeñaba Max en Issoudun un papel muy ambiguo: era campeón del bonapartismo y de la oposición.

Un asunto puso de relieve al héroe y á la víctima de los Cien Días.

En 1819, un batallón mandado por oficiales realistas pasó por Issoudun, yendo de guarnición á Bourges. No sabiendo qué hacer en una ciudad tan constitucional como Issoudun, los oficiales se fueron á pasar el tiempo al café militar. En todas las ciudades de provincia hay un café militar. El de Issoudun, levantado en un rincón de las fortificaciones, en la plaza de Armas, y á cargo de la viuda de un antiguo oficial, servía naturalmente de club á los bonapartistas de la ciudad, á los



oficiales á media paga, ó á los que compartían las opiniones de Max y á quienes el modo de ser de la ciudad permitía la expresión de su culto por el emperador. Desde 1816, se dió en Issoudun, todos los años, un banquete para festejar el aniversario de la coronación de Napoleón. Los tres primeros realistas que entraron en el café pidieron los diarios, y, entre otros *la Cotidiana* y *la Bandera Blanca*.

Las opiniones de Issoudun, y sobre todo las del café Militar, no admitían periódicos realistas. El café sólo tenía *el Comercio*, nombre que *el Constitucional*, suprimido por decisión ministerial, tuvo que tomar durante algunos años. Mas como, al aparecer por primera vez bajo ese título, comenzara su editorial por estas palabras : « *el Comercio* es esencialmente *Constitucional* », se continuó llamándolo *el Constitucional*, todos los aborrecidos comprendieron el ingenioso juego de palabras con el cual se les pedía que no se fijasen en el letrero, pues el vino sería siempre el mismo.

Desde lo alto de su mostrador, la abultada señora contestó á los realistas que no tenía el periódico que pedían.

• ¿Pues qué periódicos recibe usted entonces? dijo uno de los oficiales, un capitán.

El mozo, un jovencuelo con chaqueta de paño azul, y adornado de un delantal de tela burda, trajo *el Comercio*.

— ¡Ah, conque este es vuestro periódico! ¿No tienen otro?

— No, dijo el mozo, no hay más.

El capitán hace pedazos la hoja de la oposición, los tira al suelo y escupe encima, diciendo :

— ¡Un juego de dominó!

Al cabo de diez minutos, la noticia del insulto inferido á la oposición constitucional y al liberalismo en la persona del sacrosanto diario, que atacaba á los curas con el ingenio y el valor que

todos saben, corrió las calles, esparciéndose como la luz en las casas; las gentes se lo referían en los sitios públicos. Todas las bocas dijeron entonces la misma palabra: « ¡Avisemos á Max! » Poco después estaba Max enterado del asunto. No habían aún terminado los oficiales su partida de dominó, cuando Max, acompañado del comandante Potel y del capitán Renard, y seguido de treinta jóvenes deseosos de conocer el final de la aventura y que se quedaron en la plaza de Armas, entró en el café. Pronto se llenó el establecimiento.

« ¡Mozo, *mi* periódico, dijo Max con voz tranquila.

Desempeñaron una comedia. La abultada señora, con aire temeroso y conciliador, dijo:

« Capitán, lo he prestado.

— Pues que vayan á buscarlo, dijo uno de los amigos de Max.

— ¿No puede usted pasar sin el periódico? dijo el mozo. Ya no lo tenemos. »

Los jóvenes oficiales se reían, lanzando ojeadas de soslayo hacia los burgueses.

« ¡Lo han desgarrado! exclamó un joven de la ciudad mirando á los pies del capitán realista.

— ¿Quién se ha permitido desgarrar el periódico? preguntó Max con voz de trueno, mirada sulfurada, y levantándose con los brazos cruzados.

— Y hemos escupido encima, contestaron los tres jóvenes oficiales levantándose á su vez y mirando á Max.

— Han insultado ustedes á toda la ciudad, dijo Max, que se había vuelto lívido.

— ¿Y qué?... preguntó el oficial más joven.

Con una destreza, una audacia y una rapidez que no pudieron prever los tres jóvenes, dió Max un par de bofetadas al oficial que se hallaba más cerca de él, diciéndole:

« ¿Comprende usted el francés? »

Fueron á batirse á una alameda, tres contra tres, pues no quisieron permitir Potel y Renard que Max solo se encargase de los tres oficiales. Mató éste á su adversario. El comandante Potel hirió tan gravemente al suyo, que el desdichado, joven de buena familia, murió al día siguiente en el hospital. En cuanto al tercero, sólo una estocada recibió, devolviéndole otra á Renard, su contrario. El batallón salió para Bourges durante la noche. Aquel asunto, que hizo mucho ruido en la región, asentó definitivamente á Max Gilet como un héroe.

Los caballeros de la ociosidad, todos jóvenes, pues no tenía veinticinco años el mayor, admiraban á Max. Algunos de ellos, lejos de imitar los ascos de sus familias respecto del joven, envidiaban su posición y les parecía un hombre feliz. Bajo semejante jefe, la orden hizo maravillas. Á partir de enero de 1817, no pasó una semana sin que una nueva hazaña alborotara á la ciudad. Max, por pundonor, exigió de los caballeros ciertas condiciones. Promulgaronse estatutos. Aquellos demonios se volvieron astutos, diestros en todos los ejercicios, fuertes y listos como malhechores. Perfeccionáronse en el oficio de gatear por los tejados, de escalar casas, de saltar y andar sin ruido, de amasar yeso y condenar una puerta. Tuvieron un arsenal de cuerdas, de escaleras, de herramientas y de disfraces. Así es que llegaron, los tales caballeros, al sumo grado de la malicia, no sólo en la ejecución, sino en la concepción de sus hazañas. Adquirieron ese genio del mal que tanto regocijaba á Panurgo, que provoca la risa y que hace tan ridícula á la víctima, cuando se atreve á quejarse. Además, tenían, dichos jóvenes, gente, en la mayoría de las casas, que les permitían conseguir informes útiles para la perpetración de sus atentados.

En día de frío intenso, aquellos demonios transportaron una estufa desde la sala al patio, atesándola de leña para que durase la lumbre hasta por la mañana. Y entonces se sabía por toda la ciudad que el señor Tal (un avaro) había tratado de calentar su patio.

A veces se ponían todos en emboscada en la calle Mayor ó en la calle Baja, dos calles que son como las arterias de la ciudad, y en donde desembocan callejuelas transversales. Ocultos, cada uno en la esquina de una pared, en un rincón de aquellas callejuelas, esperaban el momento en que los vecinos estaban en el primer sueño, y entonces gritaban con voz espantada: « ¿Pero, qué ocurre?... ¿Qué ocurre? » Aquellas preguntas repetidas despertaban á los burgueses, que se asomaban en camisa y con gorro de dormir, con una luz en la mano, preguntándose unos á otros, y haciendo estupendas reflexiones con muecas no menos estupidas.

Había un pobre encuadernador, muy viejo, que creía en los demonios. Como casi todos los artesanos de provincia, trabajaba en una tiendecilla de planta baja. Los caballeros, disfrazados de demonios, invadían su tienda por la noche, lo metían en el cajón de los recortes y allí lo dejaban, gritando como tres condenados. El pobre hombre despertaba á los vecinos, á quienes contaba las apariciones de Lucifer sin que consiguiesen aquellos desengañarle. Por poco si se vuelve loco el infeliz.

En medio de un crudísimo invierno, los caballeros echaron abajo la chimenea del recaudador de contribuciones y la levantaron de nuevo, en una noche, sin ruido y sin dejar rastro de su tarea, y en un todo semejante á la otra; pero la nueva estaba interiormente dispuesta de manera que ahumara la habitación.

Dos meses estuvo incomodado por el humo el recaudador antes de que se diera cuenta de lo que motivaba aquella novedad, siendo así que tan contento estaba, hasta entonces, de su chimenea: tuvo que hacer otra nueva.

Un día pusieron tres haces de paja azufrados y papeles aceitados en la chimenea de una vieja devota, amiga de la señora de Hochón. Por la mañana, al encender su lumbre, la pobre mujer, que era muy tranquila y buena creyó haber encendido un volcán. Llegaron los bomberos, acudió la ciudad entera, y como había, entre los bomberos, algunos caballeros de la ociosidad, inundaron la casa de la pobre vieja, dándole así el nuevo susto de perecer ahogada, después de haberle dado el del incendio. Cayó mala de resultas.

Quando querían que alguien pasara la noche armado y sin cerrar los ojos, aterrorizado, le escribían que le iban á robar; después pasaban uno á uno por delante de sus ventanas, llamándose con silbidos.

Una de sus más lindas hazañas, que divirtió mucho á la ciudad, en donde aún queda recuerdo, fué la de dirigir á todos los herederos de una señora muy avara y que había de dejar mucho dinero, una cartita anunciándoles su fallecimiento, invitándoles á que acudieran puntualmente á la hora en que había de venir el juzgado para las primeras diligencias. Unos ochenta herederos llegaron de cercanías, todos de luto riguroso, pero con cara alegre, unos con sus mujeres, viudas con sus hijos, niños con su padre, éste en carricoche, aquél en coche de mimbres, y otros en simple carreta. ¡Imaginaos las escenas entre la criada de la vieja y los primeros que llegaron! ¡y luego las consultas con los notarios!... Aquello alcanzó proporciones de motín en Issoudun.

Por fin, un día, ocurrióse pensar al subpre-

fecto que aquello era intolerable, que era imposible saber quién se permitía semejantes bromas. Claro está que recaían las sospechas en los jóvenes; pero como entonces no había, en Issoudun, más que un remedo de guardia nacional, que no había guarnición, que no tenía el teniente de gendarmería arriba de ocho gendarmes con él, que no se hacían rondas nocturnas, imposible resultaba tener pruebas. Desde entonces fué el subprefecto blanco de la ira de los caballeros. Acostumbraba dicho funcionario á tomar dos huevos frescos en su almuerzo: criaba gallinas en su corral, y á la manía de comer huevos recientes añadía la de cocerlos él mismo. Ni su mujer, ni su criada, ni nadie, según él, sabía cocer un huevo como es debido; con reloj en mano, echábalas de superar en aquello á todo el mundo. Desde hacia dos años daba á los huevos un punto que le mereció muchas bromas. Por espacio de un mes, los caballeros quitaron, todas las noches, los huevos de sus gallinas, sustituyéndolos con huevos duros. Se desesperaba el funcionario, al ver el resultado de la cocción, y perdió su fama; ya no fué el *subprefecto del bueo*, y acabó por tomar otra cosa en su almuerzo. Pero jamás sospechó de los caballeros de la ociosidad, de tal manera estaba hecha con tino la hazaña. Inventó Max el engrasarle, cada noche, los tubos de sus estufas con un aceite saturado de olores tan fétidos, que era imposible estar en aquella casa. Hubo más: un día, su mujer, al disponerse á ir á misa, halló su chal pegado interiormente por una substancia tan tenaz, que se vió obligada á no llevarlo. Pidió su traslado el subprefecto. La cobardía y la sumisión de dicho funcionario establecieron definitivamente la autoridad oculta de los caballeros de la ociosidad.

Entre la calle de los Mínimos y la plaza Misserre, existía entonces cierta parte de barrio encer-

rada por el brazo de la Rivière Forcée hacia la parte baja, y arriba por la muralla de fortificación, á partir de la plaza de Armas hasta el mercado de la Alfarería. Esa especie de cuadro informe estaba poblado por casas de un aspecto miserable, hacinadas unas contra otras y divididas por calles tan estrechas, que es imposible pasar dos personas á un tiempo. Ese sitio de la ciudad estaba ocupado por gente pobre ó que ejercía oficios poco lucrativos.

En todas las épocas, aquello fué sin duda un barrio maldito, centro de gentes sospechosas, pues una de las calles se llama *calle del Verdugo*; y sabido es que allí tuvo, el verdugo de la ciudad, su casa *con puerta encarnada* durante más de cinco siglos.

Aún residía en ella, en tiempo en que esto ocurría, el ayudante del verdugo de Châteauroux, según afirmaba el vulgo, pues nunca lo ve la burguesía. Únicamente los viñadores mantenían relaciones con aquel ser misterioso, que heredó de sus predecesores el don de curar las fracturas y las llagas.

Antiguamente, cuando la ciudad se daba tono de capital, en aquel barrio vivían las mujeres públicas.

También había prenderías con objetos que parecían no deber encontrar comprador, y otros tenduchos por el estilo con mercancías que apesataban; y finalmente, allí se encontraba esa población apócrifa que se nota en lugares semejantes en casi todas las ciudades en que dominan uno ó dos judíos.

En un rincón de una de esas oscuras calles, hacia el lado más animado de aquel barrio, hubo, desde 1815 á 1823, y quizá más tarde, una taberna á cargo de una tal Cognette. Dicha taberna consistía en una casa de bastante buena construcción,

con un piso y granero. Por encima de la puerta brillaba una enorme rama de pino semejante á un bronce de Florencia. Como si no fuera bastante elocuente por sí aquel símbolo, llamaba la atención un letrero azul colocado por encima de la puerta en el que se veía, por debajo de estas palabras : BUENA CERVEZA DE MARZO, un soldado ofreciendo á una dama muy escotada un chorro de cerveza que se precipita desde la jarra al vaso que ella presenta, describiendo un arco de puente, todo ello con tonos capaces de darle un desmayo á un pintor buen colorista. La planta baja se componía de una inmensa sala que hacía á un mismo tiempo de cocina y de comedor, de cuyas viguetas colgaban las provisiones necesarias para la explotación de aquel comercio. Detrás de aquella sala una escalera de caracol conducía al piso superior; pero al pie de aquella escalera se abría una puerta que daba á una pieza larga, que recibía luz de uno de esos patios de provincia semejantes á un tubo de chimenea, de tal manera son estrechos, negros y altos. Oculta por un cobertizo y sustraída por paredes á todas las miradas, aquella salita era el sitio de reunión de los calaveras de Issoudun. Ostensiblemente, la parroquia del tío Cognet se componía de gente del campo en los días de mercado; pero, en secreto, en su establecimiento se reunían los caballeros de la ociosidad. Aquel tío Cognet, antiguo palafrenero de casa rica, había acabado por casarse con la Cognette, antigua cocinera de buena casa. El arrabal de Roma sigue, como en Italia y en Polonia, feminizando, á la manera latina, el nombre del marido para la mujer. Juntando sus economías, el tío Cognet y su mujer habían comprado aquella casa para convertirse en taberneros. La Cognette, mujer de unos cuarenta años, alta, regordeta, con nariz respingona, piel morena, pelo negro como el azabache, ojos pardos,

redondos y vivarachos y aire inteligente y risueño, fué escogida por Max Gilet para ser la Leonarda de la orden, por su carácter y sus habilidades culinarias.

Vendría á tener el tío Cognet unos cincuenta y seis años; era bajo de estatura y ancho de hombros, estaba sumiso á su mujer, y, según la broma que con frecuencia ella repetía, sólo con buen ojo podía ver las cosas, pues era tuerto. En el espacio de siete años, de 1816 á 1823, ni marido ni mujer cometieron la más ligera indiscreción acerca de lo que por la noche se hacía en su casa, de lo que allí se complotaba, y siempre manifestaron vivo afecto á todos los caballeros; en cuanto á su adhesión, era absoluta; pero quizá parezca menos meritoria si se tiene en cuenta que silencio y adhesión obedecían á puro interés. A cualquier hora de la noche que llegasen los caballeros á casa de la Cognette, llamando de cierta manera, el tío Cognet, al reconocer la seña, se levantaba, encendía lumbre y luz, abría la puerta, iba á la bodega en busca de vinos embotellados expofeso para la orden, y la Cognette les guisaba exquisita cena, ya antes, ya después de las expediciones resueltas, sea la vispera, sea aquel día mismo.

Mientras iba de Orleans á Issoudun la señora de Bridau, los caballeros de la ociosidad prepararon una de sus más lucidas hazañas. Un viejo español, antiguo prisionero de guerra, y que, al firmarse la paz se había quedado en aquel país, en donde se dedicaba al comercio de granos en modesta escala, se fué temprano al mercado y dejó su carreta vacía al pie de la torre de Issoudun. Max, que fué el primero en llegar á la cita convenida para aquella noche al pie de la torre, se oyó dirigir en voz baja esta pregunta :

« ¿Qué haremos esta noche ?

— Ahí está la carreta del tío Fario, contestó,

por poco si me rompo las narices con ella; comencemos por subirla al cerrillo de la torre, y luego veremos.

Cuando construyó Ricardo Corazón de León la torre de Issoudun, la plantó sobre las ruinas de la basilica asentada en el sitio que ocupaba un templo romano. Aquellas ruinas, que representaban largos siglos, formaron una montaña que comprendía los monumentos de dichas antiguas edades. De modo que la torre de Ricardo se halla en la punta de un cono cuya pendiente es muy recia por todos lados, y á la que sólo se llega por escalada. Para pintar bien en pocas palabras la actitud de dicha torre, puede comparársela con el obelisco de Luqsor sobre su pedestal. El pedestal de la torre de Issoudun, que ocultaba entonces tantos tesoros arqueológicos desconocidos, tiene, del lado de la ciudad, ochenta pies de altura. En una hora quedó la carreta desmontada, izada pieza á pieza sobre el cerro, al pie de la torre, por medio de una maniobra semejante á la de los soldados que transportaron la artillería en el paso del monte San Bernardo. De nuevo armaron la carreta y borrarón con tal esmero todos los rastros de la faena, que parecía haber sido transportada allí por el demonio ó por la varita de una hada. Después de tal hazaña, los caballeros, hambrientos y sedientos, volvieron todos á casa de la Cognette y poco después estaban sentados en la salita baja, riéndose por adelantado de la cara que pondría Fario cuando, á eso de las diez, buscara su carreta.

Claro está que no todas las noches hacían proezas los caballeros; pues por grande que fuera su inventiva, tenía ésta un límite. Además, no siempre eran favorables las circunstancias: ó alumbraba demasiado la luna; ó estaba la gente irritada por la última hazaña; y, también, tal ó

cual rehusaban su concurso al tratarse de un pariente.

Pero si no se veían todas las noches en casa de la Cognette los tales granujas, se reunían durante el día, y juntos se entregaban á los placeres permitidos de la caza ó de las vendimias en otoño, y del patin en invierno. En aquella reunión de veinte jóvenes de la ciudad que así protestaban contra su entumecimiento social, algunos resultaron más estrechamente unidos con Max que los demás, teniéndolo por un idolo. Un carácter como el de aquel hombre suele fanatizar á la juventud: los dos nietos de la señora de Hochón, Francisco Hochón y Baruch Borniche, eran decididos partidarios de Max; le consideraban casi como primo suyo, admitiendo la opinión del país sobre su parentesco extralegal con los Lousteau. Hay que decir que Max prestaba generosamente á los dos jóvenes el dinero que su abuelo Hochón les negaba para sus placeres y los llevaba de caza, los formaba, ejerciendo sobre ellos una influencia muy superior á la de la familia. Huérfanos ambos, aquellos dos jóvenes seguían estando, aunque mayores, bajo la tutela del señor Hochón, su abuelo, por motivo de circunstancias que se explicarán cuando aparezca en esta escena el famoso señor Hochón. En aquel momento, Francisco y Baruch, que por sus nombres de pila los llamaremos para mayor claridad en el relato, estaban, uno á la derecha, otro á la izquierda de Max, en medio de la mesa bastante mal alumbrada por velas de mala calidad. Habían bebido doce ó quince botellas de vinos variados, pues no pasaban de once los caballeros presentes. Baruch, cuyo nombre indica un resto de calvinismo en Issoudun, dijo á Max, cuando ya hubo el vino soltado todas las lenguas:

• Te vas á ver amenazado en tu cetro....

— ¿Qué quieres decir con esas palabras? preguntó Max.

Que mi abuela ha recibido de la señora de Bridau, su ahijada, una carta anunciándole su llegada y la de su hijo. Mi abuela ha preparado ayer dos habitaciones para recibirlos.

— ¿Y á mi qué me importa eso? » dijo Max tomando su vaso, vaciándolo de un trago y descansándolo sobre la mesa con gesto cómico.

Tenia Max entonces treinta y cuatro años. Una de las velas colocadas á su lado proyectaba su claridad sobre su rostro marcial, iluminaba de lleno su frente y hacía resaltar admirablemente su tez blanca, su mirada de fuego, sus cabellos negros algo crespos y brillantes como el azabache. Aquella cabellera se alzaba vigorosamente por sí misma por encima de la frente y en las sienas. A pesar de aquellas bruscas oposiciones de blanco y de negro, tenía Max una fisonomía muy dulce cuyo encanto dimanaba de un corte semejante al que da Rafael á sus caras de Virgen, de una boca bien modelada en cuyos labios solía haber una sonrisa amable, continente que Max había acabado por adoptar. El hermoso color que suele matizar las caras de aquella región favorecía aún su aspecto alegre. Cuando se reía con gana, enseñaba una dentadura digna de adornar la boca de una beldad. Con cinco pies y cuatro pulgadas de estatura, Max era admirablemente proporcionado, ni gordo ni flaco. Si sus manos, muy cuidadas, eran blancas y bastante hermosas, sus pies recordaban el arrabal de Roma y al soldado del Imperio. Hubiera hecho un cumplido general de división; tenía hombros capaces de llevar la fortuna de un mariscal de Francia, y un pecho lo bastante ancho para que en él cupiesen todas las condecoraciones de Europa. La inteligencia animaba sus movimientos. Finalmente, agraciado,

cual todos los hijos del amor, brillaba en él la nobleza de su verdadero padre.

« ¿De modo que ignoras, Max, le gritó desde la otra punta de la mesa el hijo de un antiguo cirujano mayor llamado Goddet, y que era el mejor médico de la ciudad, que la ahijada de la señora de Hochón es hermana de Rouget? Si viene con su hijo el pintor, no puede ser sino para agarrar la herencia del viejo, y, en ese caso, adiós tu sopa boba. »

Max frunció el entrecejo. Después, mirando una á una las caras para ver qué efecto habían producido en cada uno aquellas palabras, contestó, otra vez :

« Y á mí, qué me importa? »

— Pues, repuso Francisco, me parece que si anulara su testamento el viejo Rouget, caso de que hubiese hecho alguno en favor de la Enturbadora... »

Le cortó Max la palabra á su interlocutor con estas razones :

« Cuando, al llegar á este país, le oí llamar á usted por el apodo que desde hacía treinta años servía para designar á su familia, de tal manera le cerré la boca al que tal mote pronunció, que desde entonces, por lo menos delante de mí, nadie ha reincidido. Y así es cómo, querido Francisco, me pagas aquel acto de caballerosidad : empleando un mote despreciativo para designar á una mujer con la que se sabe que tengo relaciones. »

Nunca Max había ido tan lejos respecto de los lazos que le unían á la persona á quien acababa Francisco de dar el mote con que en Issoudun era conocida. De sobra sabía el antiguo prisionero de los pontones, el antiguo militar, lo que es el honor, para adivinar de dónde procedía el desdén de la ciudad; por eso no permitió á nadie una palabra respecto de la señora Flora Brazier, criada

omnipotente de Juan Jacobo Rouget; tan enérgicamente motejada por la respetable señora de Hochón. Además, todos sabían cuán cosquilloso era Max tratándose de ciertas cosas, y cuán peligroso era enemistarse con él. Cuando ocurrió que se trató de las relaciones de Max con la Enturbadora, ante el comandante Potel y el capitán Renard, los dos oficiales á quienes consideraba como iguales, Potel había contestado!

« Y si es hermano natural de Juan Jacobo Rouget, ¿qué de extraño que quiera Max vivir en su propia casa? »

— Además, después de todo, había dicho Renard, esa muchacha es bocado de rey, y aun cuando él la amase, ¿qué mal habría en ello?... ¿Acaso no es, Goddet hijo, querido de la señora de Fichet, para alcanzar á la hija como recompensa de semejante sacrificio? »

Después de aquel merecido « jabón », ya no dió Francisco pie con bola; pero más aturullado se vió aún cuando Max le dijo :

« Sigue... »

— ¡De ninguna manera! exclamó Francisco.

— Te enfadas sin razón, Max, gritó el hijo de Goddet. ¿No ha quedado convenido que todo puede decirse en casa de la Cognette? ¿No seríamos todos enemigos mortales del que recordara fuera de aquí lo que aquí se dice ó se hace? Toda la ciudad designa á Flora Brazier con el apodo de la Enturbadora; si por descuido se le ha ido ese apodo á Francisco, ¿es eso un crimen contra la orden de la ociosidad?

— No, contestó Max, pero sí contra nuestra amistad particular. Pero, reflexionando, recordando que estábamos en reunión de ociosos, le he dicho : « Sigue ».

Cayó profundo silencio, tan molesto para todos, que Max exclamó :

« Voy á proseguir para él (*sensación*), para vosotros todos (*extrañeza*)... y os diré lo que pensáis (*profunda sensación*). Pensáis que Flora, la Enturbadora, la Brazier, el ama de llaves del señor Rouget provee, desde mi regreso á Issoudun, á todas mis necesidades. Si puedo tirar trescientos francos al mes y convidaros algunas veces como esta noche, ¿será que tomo el dinero en el bolsillo de la señora Brazier? ¡Bueno, pues sí y mil veces sí!... (*profunda sensación*.) ¡Mil demonios sí, mil veces sí!... Sí, la señora Brazier acecha la herencia de ese anciano... »

« Bien lo ha ganado de padre á hijo, dijo en su rincón el hijo de Goddet.

— ¿Cuando menos creeréis, prosiguió Max después de haberle dedicado una sonrisa al chiste del muchacho, que he concebido el plan de casarme con Flora cuando fallezca Rouget, y que entonces esa hermana y su hijo, de quienes oigo hablar por primera vez, van á poner en peligro mi porvenir? »

— ¡Eso mismo! gritó Francisco.

